



Un mitin del Movimiento Británico, nuevo partido nazi del Reino Unido, que ya cuenta con veinticinco ramas en su país y amplias conexiones en el extranjero con partidos de la misma ideología.

Fascismo británico

UN TOPO EN EL "NATIONAL FRONT"

EMILIO LOPEZ MENDEZ

22 de julio de 1980.—Parece que hace un año. Pero ya son seis meses que no he sido yo o, mejor dicho, que he sido dos yo radicalmente diferentes, porque si bien al principio era un simple disfraz de quita y pon, poco a poco me fui dejando atrapar por un papel como arenas movedizas. Es demasiado. Qué ganas tenía de que llegara este domingo para poder recuperarme de nuevo a mí mismo, ser otra vez yo y nadie más, hablar, expresar mis verdaderos

sentimientos y acabar con este papel que vuelve loco como te descuides un poco; llegué a pensar que podía dormirme una noche y despertar al día siguiente siendo un convencido y definitivo fascista.

La semana pasada fue extraordinario: un verdadero discurso demostrando la inferioridad de los negros y la superioridad de la raza blanca, criticando la tibieza del partido en algunas «cuestiones graves que ponen en peligro el presente y el futuro de la patria» y proponiendo la formación de grupos de

FASCISMO BRITANICO

castigo a la basura de color. Reconozco haber tocado el fondo de algunos corazones, la fibra sádica y el escalofrío placentero del que huele la sangre entre los que me escuchaban esa tarde en el *pub*. Brindaron por mejores tiempos. Sucios hijos de puta. La cita del Klan fue un acierto, todos asentían convencidos. Frank callaba y eructaba cerveza en un rincón; él no asiente, ni tampoco niega, es un cretino, un pobre diablo que necesita ser el perro faldero de los fuertes, de los violentos, de estos salvajes de blancos brazos tatuados de esvásticas, para respirar —a ver si algo queda— un poco de eso que le falta: valor. Pero hoy quiero acabar esta farsa, poner punto final y dar el bombazo, refirme de ellos, contar no sólo sus planes dementes, sino sus debilidades, recrearme en sus mierdecillas diarias, en sus miedos, sus manías, sus tic nerviosos, sus vergüenzas. Eso sí que les va a joder.

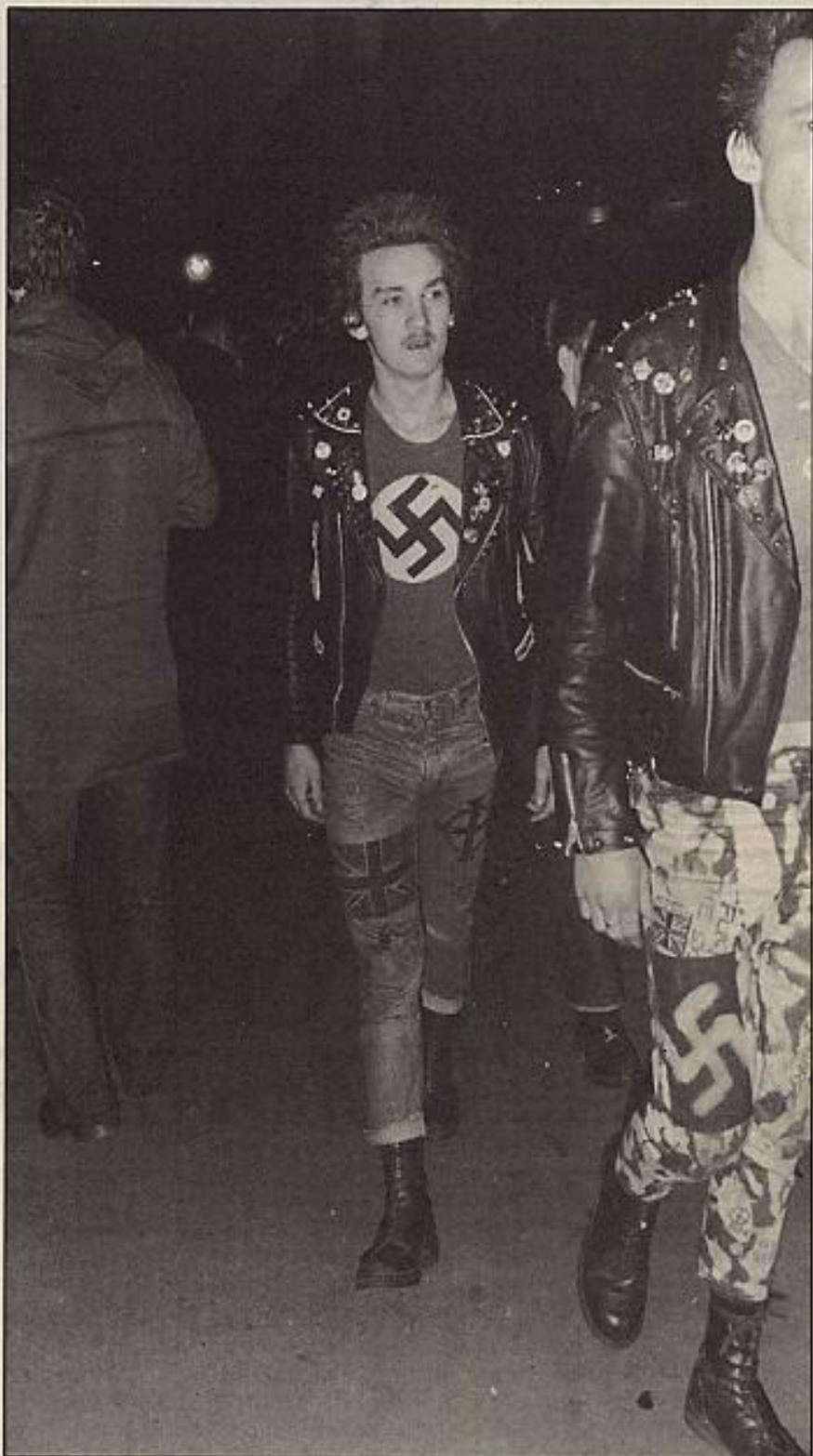
El idiota de John, mucha cabeza pelada, mucha muñequera de cuero negro claveteado en la derecha y las pulseras metálicas en la izquierda, todo un concierto de música cuando se encierra en el reducido retrete de la sede con un par de revistas porno bajo el brazo, um, um, um, un pronto y ligero gemido y unas toses para aclarar la garganta y disipar sospechas, al rato sale, dejando a sus espaldas una ruidosa catarata de agua, cierra con fuerza la puerta del retrete, pregunta «¿he tardado mucho?», «no, qué va». Cerdo poniéndose los tirantes.

Rupert es diferente, buena familia, todo guante blanco y traje azul marino de rayas, jamás se junta con los rompe cabezas en el *pub*, él es un jefe, siempre lo ha sido. Es curioso, nunca me saluda. Al principio pensé que sospechaba algo, pero no, él es simplemente así, de esa categoría de hombres que no miran, observan al resto de estúpidos mortales que somos todos los demás, sus pufeteros servidores o, en caso contrario, sus enemigos, no entiende la vida de otro modo.

Los primeros días la vida se me hizo insoportable. Simon Read, militante del National Front, carnet del partido numerado en el bolsillo interior. Todo lo había planeado tan minuciosamente y me había convencido de tal modo que era todo un verdadero fascista que no imaginaba que después de dar el primer paso, *el contacto*, —que para mí era el más difícil, debo decirlo—, la cosa iba a ser tan sencilla, tanto que por poco se me desmorona mi aparente, pero a todas luces sólida, integridad. Me había preparado hasta para posibles inte-

rrogatorios, todo a punto, respuestas fácilmente comprobables o bien imposibles de comprobar; lugares comunes; había creado toda una vida paralela y posible, creíble incluso, y fue todo tan simple que nadie preguntó, ninguno dudó y ahí, en esa fácil seguridad en que me dejé arrastrar,

cometí el primer error. Casi me descubren, quiero decir, si fueran algo más espabilados. Fue por culpa de la cerveza, mierda. A partir de aquel día conté que el médico me había prohibido tomar más de una *pinta* y nadie hizo el menor comentario y la lengua no me volvió a traicionar. De todos



Un grupo de neonazis ingleses: salvajes jóvenes de blancos brazos tatuados de esvásticas.

modos, era una tontería, un par de datos en medio de una conversación, rápidamente te das cuenta que acabas de meter la pata y sigues hablando, quizá nadie se ha enterado, de pronto, uno que parecía tonto pregunta «ah, ¿pero tú estuviste en la Universidad?», y sueltas un rápido y seguro revés «¿yo?, no hombre», y continúas como si no hubiera pasado nada. Luego, esa noche en casa, pasé varias horas escarbando en la memoria, tal vez había cometido más errores, se me pudo haber escapado otro dato más, lo saben, pero no preguntan, tal vez pretendan no espantar la liebre, cazarme cuando menos lo espere. Pero no, falsa alarma y todo vuelve a la tranquilidad.

La segunda vez, —quiero decir, el segundo error—, vino de afuera. Caminaba por Praed Street, cerca de la estación de Paddington, con John y dos más como él, de esos que no sólo lo parecen sino que hasta apestan a fascistas, y plaf, veo a Sue. Sue había sido compañera de curso en la Universidad y participó en varios actos de solidaridad con Chile, si mal no recuerdo; nos conocimos en aquella época, 1976 creo, un día vino a casa con una amiga que era exiliada de no sé qué país sudamericano y que camtaba. Bueno, pues Sue salía de un pub que hace esquina y tocan jazz, con un amigo y se quedó paralizada. «¿Simón?». Se me cortó la respiración y traté de que no se notara mi sorpresa. Como en un juego de magia, en ese momento pasa un autobús y grito «¡el quince!» y echo a correr y salto a la plataforma del autobús. Los otros idiotas al verme salen disparados y hacen otro tanto; subimos jadeantes a la parte de arriba y ante de que abran sus bocas les ofrezco un cigarrillo, cerilla, fuego, bocanadas de humo y profundos suspiros para desalojar la sorpresa de sus pulmones y uno «oye, ¿pero a dónde vamos?», «a ningún sitio». Entre ruidosas carcajadas de John y varios empujones a una gorda que subía, saltamos del autobús poco



Un niño neonazi de cabeza rasurada («skin head») luce una insignia con el lema «Eliminad la ley de la raza»: el ataque va dirigido contra la Ley de Nacionalidad de 1948, actualmente en revisión en el Parlamento británico, que regula la posibilidad de acceder a la ciudadanía británica. Esta ley ha permitido establecerse en Gran Bretaña a gran número de individuos «no blancos» procedentes de las colonias.

antes de que se detuviera en el semáforo para girar hacia Westbourne Grove. El cobrador no se atrevió a abrir la boca y yo me limpié el labio superior: sudaba.

Me hice un miembro activo del Frente, no me perdía una reunión y en las manifestaciones me encargaba de situarme lo más cerca posible de los jefes, ellos orgullosos, rodeados de varios fieles guardaespaldas, y así me libraba de las batallas que emprendían los rompe cabezas «a por ese rojo», «jodido negro», y convertían las banderas de la Unión Jack en lanzas peligrosamente manejadas. Quizá por

eso cuando me ofrecí voluntario para el servicio de seguridad y protección de la sede de Excalibur House, los locales de Hackney, nadie se opuso, ni siquiera el bruto de Derek Day, y además las guardias de los domingos eran particularmente aburridas: has tenido que dejar a la chica justo cuando la cosa se ponía bien y empezaba a haber posibilidades reales y debes estar en la sede con el estómago rancio de cerveza, ganas continuas de mear y un terrible dolor de güevos. No es un postre agradable.

Mi hermano David debe presentarse al atardecer y decir, —si alguien pregunta, claro—, «soy Ellis, éste es mi carnet, de Islington». Es muy sencillo, pienso que podrá hacerlo sin dificultad. Un par de pastillitas en el café de Derek. Dormiré como un bebé toda la noche. Yo ya tengo la bolsa preparada: una palanca, la cámara fotográfica, un tubo de pegamento super —el más fuerte que tenemos—, me dijeron en la tienda— y un bote de pintura roja, —es para pintar la moto, sabe— de esos pulverizador, para dejar la sede bonita y que se acuerden de mí toda su maldita vida. Fotos, muchas fotos de todos los papeles del archivador metálico de la oficina de Verrall, incluidos algunos de los planes de Rupert. Ah, y la botella de cristal marrón oscuro con una mezcla de ácido nítrico y sulfúrico. El lunes por la mañana, un baño caliente, bien caliente para limpiar el olor a fascista de mi piel y me iré con David a ver al director del «Daily Mirror», seguro que le interesa la historia y las fotos, grandes titulares en portada «LOS PAPELES SECRETOS DEL NATIONAL FRONT», o mejor, «YO FUI UN FASCISTA POR SEIS MESES», bueno, el título se lo dejo para él. Y luego, una temporada en una isla del Caribe, Antigua, Barbados quizás, con muchos negros y reggae hasta que se olviden de mí, porque si me pescan estos hijos de puta me cortan el cuello. John, el primero. ■ E. L. M.

Resumen de una nota aparecida en el diario «The Guardian», el 15 de abril de 1981: «Un graduado por la Universidad de Londres que se infiltró en el National Front fue condenado ayer a seis meses de cárcel (...). Un juez de Old Bailey le dijo que su acción podía ser «la puerta abierta a la anarquía» que induciría a la gente a atacar las organizaciones políticas que no les gustan.

«Simon Read, de 24 años, procedente de Haringey, al norte de Londres, fue acusado de posesión de ácido nítrico y sulfúrico, superpegamento, un spray de pintura y una palanca. Su hermano David, de 22 años, estudiante en la Universidad de Wacwick, fue absuelto de la acusación de dar a Derek Day (...) una droga estupefaciente.

«El juez John Leonard describió la acción de Simon Read como «una empresa criminal realmente ridícula». Mucha gente se opone al Front, pero Read escogió un camino equivocado para mostrar la política de este partido.»

«Read entró en el Front en enero de 1979 (...). Cinco meses más tarde un individuo de nombre Ellis que portaba un carnet falso, llegó a Excalibur House para ayudar en tareas de seguridad. Ellis puso una droga en el café de Derek Day, pero éste notó un sabor amargo al primer sorbo y no bebió más. Al poco rato, vio a una persona con el rostro cubierto por un pasamontañas y una botella en la mano y llamó a la policía...» ■